



Catalina saluda, al llegar a Marruecos, de un modo muy cinematográfico



La Bárbara en la Escuela de Artes Indígenas, de Tetuán

¡Aló, Marruecos!

En el muelle de Ceuta se recuesta el barquito blanco del Estrecho. Limpio, pulido, deslumbrando al sol sus metales y con un imperceptible navegar de gaviota marinera. Tiende la escala de los puertos y desciende el pasaje. En el grupo de muchachas hay un revuelo curioso. Se empinan de puntillas y concentran la mirada en un punto. ¡Catalina Bárbara! ¡Aló, Marruecos! Los fotógrafos disparan sus cámaras. Y Catalina Bárbara desaparece en el asedio de preguntas, piropos y demandas de autógrafos. Otra estampa. Pequeñito, buido, con un voluntario retraimiento, el artífice sonríe enigmáticamente. Acudimos a estrechar su mano. La mano fina que ha urdido tan sugestivas intrigas teatrales sobre escenarios de selección. Martínez Sierra se repliega discretamente al segundo término del resplandor de Catalina Bárbara. El autor calla. Va pensando, sin duda, en la novedad de las gentes. El cine tiene un poder difusorio incalculable. ¡Quién pudiera escribir en celuloide! Entonces, para un sector reducido, era la Bárbara. Hoy, para todo el mundo, Catalina Bárbara. La actriz de todo el mundo va atenta a la composición de la figura. Tiene, en verdad, un aire de distinción incomparable.

Es fina, insinuante, cautivadora; muy femenina. Viste con elegancia irreprochable. Es la gran dama de Hollywood. Analizándola en silencio, emana de su figura tan espectacular sugestión, que buscamos inútilmente en las franjas de sombra del coche el titilar de las letras blancas anunciando: «Fox-Film presenta a Catalina Bárbara en...»

La voz de plata

«E. A. J. 46, Radio Ceuta...» El micrófono de la emisora vecina—altavoz de todo Marruecos—ha ido absorbiendo la voz de plata de Catalina Bárbara. El aire está de fiesta y se lleva por Yebala y el Rif, y por el Garb y la Chauia, hasta los linderos del Atlas, las palabras mágicas de la moderna Scheherezada de platino. La voz de Catalina Bárbara es inconfundible. Tiene suavida-

des de raso, cambiantes de terciopelo y fragancia de magnolia. Es una voz que viene de muy lejos y nos habla muy de cerca. Una voz así—tenue, aleteante—es una caricia, una confidencia y un camino. En la emisora ceutí se percibe el nervosismo de la jornada. La energía eléctrica de la estación parece recoger ahora, de fuera adentro, la ansiedad del radioyente marroquí. «Señores: dentro de unos instantes van a oír ustedes a la emblemática actriz...» Dos horas después, en la pantalla del Apolo, se proyecta su última película. De las lividas tonalidades cinematográficas resucita en la escena la protagonista del film. Más menudita, más flexible y quebradiza. Ha pasado por el tamiz de los sueños y viene a interpretarnos la cábala misteriosa. Su voz de plata es también más tenue, más lejana. Ahora sí que parece que viene de muy lejos y nos habla muy de cerca. Narra sus confidencias de Hollywood—urdidas por Jardiel Poncela—, y diríamos que relata un cuento de hadas...

Intimidades

Martínez Sierra habla de ordinario muy poco. En su rostro difícilmente se traslucen las impresiones. Pero esta tarde de primavera, frente al mar de Río Martín, nos habla de teatro, de cine, de política, de España y de Norteamérica. Martínez Sierra no escribe para el teatro porque lo encuentra pobre, reducido, mediocre, de posibilidades limitadísimas. La ebullición literaria de otra época—crónicas, libros, ensayos—también permanece en reposo. Piensa mucho y escribe poco. Es un artista de la literatura y de la vida. No se siente tentado a seguir la ruta de los que

gordar en el disfrute de la felicidad pequeña. La de América y la de España. La de buen comer y la que se priva de los manjares predilectos por temor a perder la linea. La línea es la verdadera obsesión femenina. Las estrellas de la pantalla son auténticos esqueletos humanos. La cámara abulta la figura, y es preciso estar en los huesos para comprender en el celuloide una silueta moderna. Mae West, que vuelve por los fueros de la belleza curva y ondulante, no es más que una mujer llenita. La delgadez de Joán Crawford le demuestra el rostro hasta un punto impresionante. «Estoy gordísima—asegura Catalina Bárbara, ante la estupefacción de los presentes—. Tengo que pensar seriamente en adelgazar...» Pensar seriamente en adelgazar es no beber nada en las comidas—ni una gota de agua—; desechar las féculas, los dulces, las salsas, las grasas y la harina. No comer, en una palabra. Hacer mucho ejercicio y dormir poco. El plan de Catalina Bárbara ha empezado ante nuestros ojos atónitos. Una cucharadita de esto, una pizca de lo otro, un poquito de corteza de pan y una naranja. Ha probado a comer de un dulce de coco. Ha exclamado, embelesada: «Oh, está riquísimo!» Y ha ordenado al camarero que lo retirara inmediatamente de la mesa.

La felicidad

En el vivero forestal de Río Martín, el jardinero—un hombre bueno y sencillo, de traza ruda—ofrece a la actriz un ramo de flores recién cortadas. Alguien se cree en el deber de efectuar las presentaciones: «Catalina Bárbara, esa actriz famosa de quien tú habrás oído hablar seguramente...» El jardinero asiente con la cabeza y extiende su mano encallecida. Se destaca con respeto.

—De usted no ha oido hablar nunca, don Gregorio—apuntamos en son humorístico.

El escritor nos dice en un aparte:

—No; ni de ella tampoco. ¡Qué bueno sería poder llevar este jardinero de Río Martín a Hollywood, y decirle a Greta Garbo: aquí tiene a un hombre que no ha oido hablar de usted en su vida!

Y añade, coronando una larga conversación:
—¡Esta es la felicidad!

JUAN POTOUS

Tetuán, 1935.



Al pie de la Mezquita tetuani, charlando con Juan Potous



El jardín árabe rebosa de flores y de luz en la temprana primavera marroquí.

FOTO: SOLANO